

Autor: Jordi Pujol

Institut d'Estudis Catalans. Barcelona, 10 de novembre de 2004

No es la primera vez que hago una conferencia sobre inmigración. O que publico un libro. O que hago unas declaraciones. Es un tema del cual hablo desde hace cincuenta años. Lo he hecho en escritos clandestinos de los años 50 hasta medios de comunicación como Le Monde o La Vanguardia, en lugares que van desde el Hospitalet o el barrio de Besós hasta La Sorbona o el Casino de Madrid.

He hablado de ello pensando principalmente en Catalunya, naturalmente, pero mirando siempre e estar informado de lo que pasa en cualquier parte del Mundo. Porque este sí que es un fenómeno global.

Que le haya dedicado atención desde hace tantos años es fácil de entender. Es que desde hace muchos años **es un tema de la más gran trascendencia económica y social, política y cultural, y finalmente identitaria de Catalunya.**

Como decía, hace cincuenta años. Añado que siempre he tenido la misma postura, que siempre he propugnado la misma respuesta: **Catalunya históricamente ha sido, y ahora es y tiene que ser, un país de acogida y debe actuar con voluntad de integración de la gente que viene de fuera.**

Personalmente, o a través e instituciones e instrumentos diversos, he mirado de trabajar en esta dirección. Por ejemplo, con aquella definición de que catalán "es toda persona que vive y trabaja en Catalunya". Era una definición inspirada por un lado en la voluntad de apertura, en la idea de que lo que tiene que contar es el futuro y el proyecto, es el trabajo y el horizonte de progreso personal y familiar. Y añadía a veces la voluntad de ser catalán, o de contribuir al progreso del país. Es decir, siempre **valores o actitudes voluntaristas y no deterministas.** Y de presente y futuro, y no sólo de pasado.

O bien con la postura totalmente contraria a un urbanismo que creaba barrios separados y que no ayudaba a la mezcla de la gente, a su contacto, ni a los matrimonios mixtos, o a la coincidencia en entidades de toda clase. Recuerdo, como ejemplo de esto, un artículo mío en Cuadernos "de Arquitectura" a finales de los años 60 pidiendo a los arquitectos que miraran de contrarrestar la política de barrios separados. Una petición ingenua, porque no teníamos el menor asomo de poder político y porque iba en contra de los intereses inmobiliarios. Pero que marcaba una posición.

En resumen, al fin y al cabo significaba, y significa hoy, facilitar el contacto entre la gente, **la mezcla y sobre todo la convivencia.** Y significaba confiar que con el tiempo esto haría más fácil la integración y la realización de aquel

eslogan tan utilizado en las manifestaciones de los años 70 “, Catalunya, un solo pueblo”.

Por desgracia este interés no ha sido ni lo suficiente general ni lo suficiente consecuente. En general, al tema demográfico no se le ha dado toda la importancia que tiene. Que tiene la población en general, que tiene su reparto por edades, y mucho menos aún, que tiene la inmigración. Este ha sido a menudo, y es ahora de una manera muy clara, una clase de tema tabú, que se trata con miedo, o que se trata con mentalidad acomplejada. O bien, peor, con ánimo sensacionalista o muy marcadamente partidista.

Aquí nadie o casi nadie se ha atrevido a hablar de estos temas –natalidad, familia, inmigración- como en el año 1992 lo hacían unos políticos y intelectuales alemanes encabezados por Helmut Schmidt en un largo artículo titulado “Para que los alemanes no se extingan”. Un artículo que consta de tres partes. La primera –“No responsabilizarse del futuro”- decía que “la negación de los intereses de futuro es una amenaza para la existencia”. La segunda – “La promoción de la natalidad”- recomendaba una política de fuerte apoyo a la familia como condición para que hubiera una reanudación de la natalidad. La tercera –“la formulación y la aplicación de una política de inmigración consecuente”- habla de que Alemania necesitará inmigración y de la necesidad que los inmigrantes “se integren rápidamente”. Ningún político catalán nunca ha hablado en estos términos de estos problemas. Me parece que yo soy uno de los que más se ha acercado, y sé las reacciones que esto provoca. Hecha esta referencia, sólo me hace falta precisar si es que hace falta, que la inmigración de la que los hablo hoy es la actual, no la de los años 50, 60 o 70. **Aquella ya forma parte del país como todos nosotros.** De hecho, ya habíamos dado por acabado el tema migratorio fines hace 6-7 años, cuando empezó con fuerza la venida de gente de fuera.

Con estos antecedentes míos, pero también de CIU, se entiende que el Gobierno de CIU de la Generalitat de Catalunya hiciera la primera propuesta de la nueva Ley de Inmigración o de Extranjería el año 1998. Justo es decir que poco después IU y IC-Verdes van hacer otra. Pero podría llamar la atención que ante un tema de tanta trascendencia la iniciativa no surgiera de los dos grandes partidos españoles.

En Europa la inmigración es un tema del todo prioritario. Después lo comentaré. España ha sido durante los dos últimos años el país europeo que recibe más inmigración. Hace falta decir también que la política hecha hasta ahora para controlar, canalizar y seleccionar la inmigración ha resultado poco eficaz, y que las dos Leyes de Extranjería aprobadas desde el 1999 tuvieron una tramitación poco afortunada y una aplicación muy deficiente (aunque hace falta reconocer que a toda Europa la política de inmigración no es lo suficiente efectiva). Pero para España el problema no tiene tanta trascendencia, como por ejemplo para Catalunya. De hecho el alto porcentaje que recibe de

inmigración sudamericana le permite un crecimiento importante de población, con aspectos positivos en más de un sentido y sin demasiados problemas de integración.

El caso de Catalunya es diferente. Primero por la importancia relativa de la población inmigrada, que es muy alta. Se nos dice que en cinco seis años hemos pasado de poco más de seis millones a siete millones de habitantes de hecho, aunque no empadronados. Haría falta comprobar estas cifras. Lo que sabemos del cierto es que los datos oficiales a 31 de diciembre de 2001 daban a Catalunya una población de 6.506.000 habitantes. Pero hay población no contabilizada. Y en todo caso es un crecimiento muy fuerte y muy rápido. Por otro lado, **nuestra inmigración es de integración más difícil**, porque en parte es musulmana, y en parte porque la inmigración sudamericana no es aquí de tan fácil integración como en el resto del Estado.

Como antes decía, controlar la inmigración es muy difícil. Aquí y en todas partes. Pero especialmente en Catalunya. Por ejemplo, el Gobierno de la Generalitat, y CIU, fuimos los primeros en proponer que hubiera reagrupamiento familiar. Lo hicimos por una cuestión de equidad y de humanidad, y con el deseo de estabilizar y normalizar la población inmigrada. Y en parte así ha sido, pero con la contrapartida de un gran descontrol en las entradas y de más tendencia a la "ghetitzación". Y con la consecuencia también de haber provocado un incremento de la inmigración.

Todo ello hace que en Catalunya la inmigración actualmente sea un tema de la máxima importancia.

a) Desde un punto de vista demográfico.

b) Desde un punto de vista económico. Desde el punto de vista, por ejemplo de cuánta mano de obra extranjera necesitamos, o bien de si es verdad que gracias a la inmigración de aquí a 20 años se podrán pagar las pensiones de los que entonces se jubilen, o bien si esto viene o no compensado por el incremento de gastos que ahora ya comporta la inmigración. Es decir, económicamente la inmigración nos equilibra o nos desequilibra?

c) Desde el punto de vista social y también de identidad nacional. Es decir, desde el punto de vista de los valores compartidos, de la convivencia y de la cohesión.

En cuanto a Europa los diré simplemente el que representa –concretamente a 31 de diciembre de 2001- la inmigración en varios países: 8,9% de la población en Alemania, 9,1% en Austria, 5,6 en Francia, 5,5 en Suecia, 4,8 en Dinamarca, 2,1 en Italia (y por cierto, 35,6 en Luxemburgo). Y en Suiza es el 20%. A práctica algunas de estos datos son más altos, porque no incluyen ni los ilegales ni los naturalizados. En España, era del 3,16% en el 2002, pero los últimos tres años ha venido mucha gente, y además hay muchísimos ilegales. Por otro lado, , la distribución es muy desigual, con una presencia muy alta en

Catalunya, (del 24,81% según datos oficiales de personas legalizadas) y que entre legales e ilegales se calcula que ahora no es inferior al 24-25% del total español. Pero sería mucho más alta aún si se confirmara que a ahora en Catalunya hay más de 7 millones de habitantes.

Estas cifras y la actitud de algunos sectores de la inmigración han creado finalmente alarma en Europa. Digo finalmente porque durante muchos años con este tema o bien se ha hecho ver que nadie se daba cuenta o bien ha sido tratado con criterios de poco control y poca limitación, en parte porque muchos países europeos habían puesto el acento en la política generosa de asilo de gente perseguida y amenazada. Pero ahora en todas partes esto ha cambiado. Decía un muy alto responsable de la Comisión Europea: “El reinado del políticamente correcto se ha acabado. Ahora la gente se atreve a decir que hay un problema. Y ahora en esto se trabaja de verdad”. Esto –en palabras de Bruselas- quería decir la inmigración legal, necesaria, según la Comisión, por razones económicas, el derecho de asilo, que es intocable pero que bien aplicado tiene poco volumen, y los dos graves problemas de la inmigración ilegal y de las mafias. Y de hecho, el pasado viernes, la Comisión Europea aprobó un nuevo plan contra la inmigración ilegal.

Pero a parte del incremento de la inmigración, quizás lo que ha introducido más alarma en la opinión pública y política europea es la actitud de sectores importantes de la inmigración hostiles a la integración. Un solo ejemplo para ilustrar esto: nuevamente el del ex Canciller alemán, H. Schmidt, que hace un par de años hizo una fuerte crítica al actual Canciller, G. Schröder, a propósito del multiculturalismo y de la política de integración: Schmidt decía textualmente: “Tenemos siete millones de extranjeros la mayoría de los cuales no se va a integrar”. Justo es decir que desde entonces el gobierno alemán, de acuerdo con la oposición demócrata cristiana, ha hecho una Ley de Inmigración más restrictiva que la anterior, y más exigente en términos de integración y derecho de residencia (más exigente, por ejemplo, con respecto al conocimiento de la lengua y de la historia de Alemania).

Ante todo esto, qué posicionamientos hay? Empezamos por los que hay en Catalunya, o ha habido.

En general ha habido mucha pereza a la hora de enfrentarse con el problema. Hemos tenido sectores de muy buena fe. Hemos tenido brotes racistas, y por el lado opuesto hemos tenido intentos de utilizar el tema distribuyendo a diestro y siniestro acusaciones de racismo. Ha habido miedo, también.

Ha habido políticos (algunos de la izquierda más bien situada) que han reclamado “puertas abiertas” o bien de buenas a primeras “papeles para todo el mundo”, y que han negado que una política así provoque un efecto de solidaridad”. Y se ha hablado por todos lados de los derechos de los inmigrantes pero no de sus deberes. Creo haber sido de los primeros que reclamé que no se hablara sólo de derechos sino también de deberes, y esto provocó críticas muy fuertes. Y todo esto ha contribuido a crear complejos de

culpabilidad en sectores de gente del país. Y miedo de ser tildados de racistas. Y hace falta tener presente que cuando un grupo mayoritario tiene complejos de esta clase queda merced de la minoría.

Catalunya no tiene que tener complejos. Dentro de España es la que mejor ha acogido la inmigración. Y mejor que muchos países europeos. Tiene que velar por el cumplimiento de sus deberes hacia los recién llegados, pero además ha de exigir que nuestras normas sean observadas y tiene que reclamar todo el respeto hacia nuestro país.

Todo lo que les decía ha pasado. Pero también es cierto que ha habido una evolución positiva, que ha ido desde discursos y gestos poco afortunados de hace cuatro y cinco años, hasta las declaraciones de otros políticos como Montilla y Corbacho (y no es casual que las hicieran alcaldes buenos conocedores del que es la realidad). “Propugnar puertas abiertas provoca marginación y alimenta el racismo. La integración no quiere ni palabras vacías ni actitudes de firmeza postiza” dijo en Montilla. O bien lo que dijo Corbacho “la izquierda debe evolucionar en el discurso de la inmigración; no podemos recibir a todo el mundo”. Por cierto que Montilla dijo otra cosa que tenemos que tener muy en cuenta. Dijo que **“es necesario un amplio acuerdo que sustraiga este tema de la disputa electoral”**.

Es de esperar que finalmente el tema sea atacado con más garantías de eficacia y con más sinceridad. Recuerdo que en el año 2000, cuando se discutía el segundo proyecto de Ley e Extranjería, un muy, muy alto dirigente del PSOE, Presidente de una Comunidad Autónoma, especialmente afectada por la inmigración, dijo “puesto que quizás vosotros –CIU- tenéis la posibilidad de influir, procura que por el permiso de residencia hagan falta cinco años y no dos, procura que la Ley sea restrictiva”. El mal es que en aquel mismo momento su partido se expresaba en términos bien diferentes.

Pero ¿qué pasa fuera de aquí? ¿Qué pasa en los países europeos más adelantados, alguno de ellos socialdemócratas y universalistas hasta la medula? En Suecia, por ejemplo. Pues pasa que el Primer Ministro Persson dice que durante 10 años el país no aceptará ningún nuevo inmigrante. Si insisto repetidamente en estos ejemplos, es porque en casa a menudo decimos que esto de la inmigración es una manía de cierta gente. Y porque a menudo se rechaza que se haga una política e integración, y en cambio se propugna el multiculturalismo o simplemente la fragmentación de la sociedad y el relativismo a ultranza que hace que finalmente aquello que ha construido el país pierda sentido y valor como herramienta colectiva de trabajo y e identificación. Y seguro que habrá sectores de población que mantendrán ámbitos propios de religión y costumbres. Como pasa en los USA o en cierto sentido también en Francia o en Gran Bretaña o en Suiza. Pero en ningún caso estos países han aceptado que esto pueda significar el rechazo de los valores básicos del país o simplemente de ignorancia querida o de distancia respeto a

estos valores. De lo que los ingleses dicen los “basics”, los franceses los “valeurs républicaines” y los norteamericanos el “mainstream”. O los alemanes la Leitkultur “”, es decir, la cultura de referencia, que es lo que H. Schmidt defensa.

De todo esto que en Catalunya a veces se considera que no es bueno preocuparse, preocuparse, en todas partes es motivo de mucha atención. Y preocupación.

Insistiré en esto con un testigo de excepción como es Jean Daniel, director de Le “Nouvel Observateur” y intelectual e izquierdas de gran prestigio. Dice que le preocupa la identidad francesa. La voz amenazada porque según él, ha menguado mucho la capacidad francesa e integrar la gente que viene de fuera. Dicho en Catalunya esto puede parecer muy y muy exagerado. Pero él lo argumenta así. Dice que Francia disponía de cuatro grandes instrumentos e integración. Uno ha desaparecido, dice él, que era el ejército. Los otras tres han perdido fuerza y eficacia integradora, según él: a escuela, a Iglesia y los sindicatos. Y según él esto –esta pérdida de capacidad integradora- es muy negativo en Francia.

Podría referirme a otros testigos parecidos, también franceses, como Michel Rocard, o suecos, o daneses, o holandeses. Y antes ya he hablado de Alemania. Pero vale la pena pararse en el caso de Gran Bretaña. El Gobierno británico ha optado claramente por la política de integración y en contra del multiculturalismo. Contra lo que ha calificado como “la confusión del multiculturalismo”. La consigna clara del Gobierno –respondiendo a un clamor de opinión pública- es que lo que hace falta es trabajar en la dirección “de compartir valores”. Es la política de lo que denominan “share values”. Una preocupación parecida, y una reacción parecida, también se da en los Estados Unidos, al país del “melting puede” y del “mainstream”. Y no se da sólo ahora con motivo del toque de alerta de Hutchinson motivado por la fuerte inmigración sobre todo mexicana, pero también más en general sudamericana, sino que ya hace tiempo, unos doce años, el que fue el más directo colaborador del Presidente Kennedy –Arthur Schlesinger- alertó sobre los factores que podían desunir los USA, lo que él llamó “The desuniting of off America”. La preocupación es la misma: el rechazo a la integración. De todas maneras la sociedad americana es muy potente y capaz de superar esta resistencia.

Lo que sí puede pasar –de hecho ya empieza a pasar- es que los Estados Unidos sean un país bilingüe, al menos buena parte del país. Pero sin rechazo de los valores básicos de los USA. Y evidentemente todo el mundo a sabiendas de habla inglesa.

Permítanme que vuelva al caso de Francia. El Presidente Chirac ha insistido últimamente. La integración, ha dicho, se tiene que hacer a través e un contrato. Ha dicho que los nuevos inmigrantes se tienen que “comprometer con

un auténtico contrato de integración que especialmente incluya la posibilidad de recibir una formación y el aprendizaje rápido de nuestra lengua”. E insiste en la necesidad de crear plataformas de acogida. De hecho, la Iglesia y los sindicatos y la escuela eran, y son poco o mucho, plataformas de acogida. Ahora se tienen que hacer de nuevas.

De hecho en Francia hay mucha discusión sobre este tema, que va desde el velo en la escuela hasta el reforzamiento de la lucha contra la discriminación, siempre con especial insistencia en el tema escolar y lingüístico. Y siempre dando por hecho que la integración no puede ser rechazada. La idea del contrato de inmigración no es sólo francesa. Por ejemplo, en Dinamarca la lengua es un criterio de selección de la inmigración y el permiso de residencia requiere un previo examen de lengua, cultura e historia del país. En Alemania, que acaba de aprobar una nueva Ley de Inmigración más exigente que la anterior, ya desde 2002 los inmigrantes tenían que hacer cursos de lengua y historia alemana.

En Holanda se hace un esfuerzo considerable para satisfacer las necesidades materiales de los inmigrantes (vivienda y ayudas sociales sobre todo), pero se establecen sanciones contra quienes se niegan a concluir un “contrato de inserción lingüística” o que dejan las clases a medio curso. Y podríamos ir alargando la lista. Y otro aspecto a considerar es que todos estos países, que desean la integración, consideran que es un proceso ya de por si lento, ahora a veces entorpecido por el rechazo de algunos sectores de la población. Repito, consideran que asumir aquello que hemos dicho los valores básicos o republicanos no se hace de un día para otro. Por esto todos estos países proceden lentamente en la concesión de la ciudadanía. Están en la línea de aquel alto dirigente del PSOE de quien les he hablado y que pedía lentitud en el proceso. Por desgracia las incrementadas tensiones de estos últimos años han ralentizado aún más el proceso en general en toda Europa.

Pero volviendo a Catalunya hace falta sobre todo insistir en un hecho, y es que la integración no se puede hacer sólo por ley o por decreto. La integración requiere leyes y decretos, pero además es el resultado de la interacción de muchas cosas. Para empezar, de la voluntad del país de acogida de realmente querer integrar. Si el país de acogida no tiene temple ni voluntad de seguir siendo lo que es y ha sido, y si recibe una inmigración muy fuerte irá quedando marginal dentro de su misma casa (o de lo que había sido su casa). Esto va atado a la convicción que el propio país vale la pena, y que vale la pena ser. Y que por lo tanto se considera que la oferta integradora es positiva, es buena también para los recién llegados.

En segundo lugar la integración requiere que la plataforma de integración sea sólida y realmente atractiva. Que realmente ofrezca posibilidades de progreso para la gente que viene de fuera. Y esto vuelve a ser, no sólo un tema de leyes y de decretos, sino de realidad y de estructura económica, de ofrecimiento social, de clima positivo, de promoción individual y colectiva. Como decía un viejo amigo mío venido de Aguilas en los años 50 “, decidí quedarme aquí, todo y las dificultades iniciales, porque ví que en Catalunya mis hijos podrían aspirar a más que yo”.

También hace falta que el clima social y humano del país de acogida sea positivo. Que sepa combinar la voluntad de no ser diluido, de seguir siendo lo que es con una actitud de apertura. Que la sociedad de acogida sepa respetar los derechos de los recién llegados y a la vez exigir que cumplan sus deberes hacia ella misma. Que sea realmente una sociedad en todos sentidos inclusiva. Si en Catalunya no pasara tan a menudo, afortunadamente, que un inmigrante al cabo de poco tiempo, él o su hijo, acceden a un buen nivel económico y social; si la relación entre la gente más allá de apellidos y lenguas no fuera tan fluida; si no existieran ni el Barça ni los castellers; si las escuelas no fueran tan integradoras, si no existiera nada de esto por más leyes y decretos que hiciéramos el problema sería insoluble. No ya desde un punto de vista catalán, sino simplemente de cara a tener una sociedad bien estructurada y convivencial.

Sobre el tema de la inmigración en casa hay aún otra discusión: la inmigración, ¿es un problema, es un riesgo o es una oportunidad? Que es y que plantea un problema es innegable. Conozco bastante bien y de primera mano el impacto social y económico que ha representado la inmigración de los últimos 6-7 años y también la presión que ha ejercido sobre nuestra convivencia y nuestra cohesión, e incluso sobre nuestra identidad para que pueda afirmar con toda rotundidad que es un problema. Repito: los franceses lo consideran un problema, y los alemanes, y los holandeses, ¿y nosotros no? Sería absurdo.

Ahora bien: ¿es también un riesgo? ¿O es una oportunidad? Es un riesgo, y una oportunidad. ¿Quién puede negar que es un riesgo suplementario para nuestra lengua? ¿Quién puede negar que esto afecta ya la convivencia en muchos barrios y en muchos pueblos? ¿Quién puede negar que la inmigración ejerce ya, por razones objetivas y subjetivas a la vez, una fuerte presión sobre nuestro sistema escolar? Al mismo tiempo, ¿es una oportunidad? Dependerá de si somos capaces de dominar los factores de riesgo y convertirlos en hechos positivos. Que es posible. Y tenemos que hacer que sea posible.

Decir que todo esto sólo es una oportunidad, una feliz oportunidad, sin más, es una frivolidad. Es esconder la cabeza bajo el ala. Todo el mundo sabe que no es verdad. Y limitarnos a decir que es un riesgo, que es algo negativo, sin hacer todo el que haga falta para que el riesgo acontezca oportunidad, es abrir la puerta a un fracaso colectivo de gran magnitud.

Trasladémonos a los años 50, 60 y 70, años de inmigración procedente del resto de España. ¿Quién puede negar que planteó un serio problema? Recordamos tantos y tantos barrios de barracas, tanta marginación, las “viviendas del Gobernador” y los déficits de toda clase de las poblaciones que con poco tiempo multiplicaron por dos, por tres, por cinco su población. O por manantial. Recordamos el choque mental que para nosotros representó aquella situación. Y esto comportaba un riesgo de fractura social, de confrontación cultural, de tensión lingüística, de mentalidad excluyente a ambos lados.

También representaba una posibilidad. Es mérito de todos nosotros que finalmente el riesgo se diluyera, que el problema se fuera resolviendo y que la oportunidad superara el riesgo. Es evidente, por ejemplo, que sin la inmigración de los años 50, 60 y 70 Catalunya no habría podido progresar de la manera que lo ha hecho. Y tampoco –y esto también es evidente- sin el patrimonio humano, cultural, social y económico que Catalunya había acumulado a través del tiempo. Es decir, sin la continuidad histórica en toda su complejidad.

Esto lo he resumido muchas veces diciendo que la historia de Catalunya, y su realidad de hoy, se resumen en veinte segundos: son Jaume Y una –manera de decir la Edad Media-, que funda Catalunya con el territorio, la lengua, la cultura, las Instituciones y el sentimiento colectivo; la revolución económica de los siglos XVIII y XIX, que la salvan de la decadencia y le dan impulso económico, social y cultural; y los cambios demográficos, el esfuerzo a la vez de integración y de modernización y el movimiento político del siglo XX.

Del éxito, todos juntos –los seis millones- nos podemos congratular. Pero por otra parte esto nos indica el camino que ahora tenemos que seguir. Es el mismo del “catalán es todo hombre, o mujer, que trabaja en Catalunya”, de presentar Catalunya como una propuesta de futuro sobre todo por los hijos y nietos, de crear unas condiciones sociales, económicas y cívicas realmente acogedoras, etc... Dando por sentado que esto no se hace en dos días. Que con la mejor buena voluntad del mundo la mejora de las condiciones y la solución de los problemas que provoca una muy fuerte inmigración es difícil, y no inmediata. Y más si además es muy diversa y en buena parte culturalmente muy lejana. Pero pese a esto la única política válida es la de conseguir lo que antes hemos denominado “compartir valores”. Sabemos que habrá algunos sectores de la inmigración actual que mantendrán algunos elementos de diferenciación, como pasa en los Estados Unidos, en Gran Bretaña o en Francia, pero esto sería grave si además hubiera un rechazo de los valores básicos de la sociedad catalana. De la cultura central. Del tronco central. De aquel tronco central del cual tantas veces he hablado. Del que asegura la consistencia, la continuidad del país y la continuidad de la sociedad.

Como ven insisto mucho en qué el urbanismo, la escuela, el trabajo y la organización social en general evite la compartimentación de la sociedad, haga fácil que la gente se mezcle, que colabore, que se case, que conviva. Alguien

ha querido ver en esto una contradicción con la crítica que en algún momento he hecho del mestizaje.

Quien conozca lo que he dicho y escrito –y he hecho durante muchos años- sabe que mi crítica no va contra, repito, la mezcla de gente –que por otra parte y afortunadamente es un hecho general, empezando por nuestras propias familias- sino contra una actitud que se da en sectores de nuestra propia casa que tienden a menospreciar o ignorar la propia cultura catalana y los valores básicos de nuestra sociedad. A negarle el papel central en la vertebración de nuestra sociedad y en la garantía de nuestra continuidad histórica y de la unidad básica de nuestro pueblo.

A esta actitud que rechazo se le ha dicho ha dicho mestizaje cultural y multiculturalidad, que es lo que, como decía, rechazan los países que vuelan conservar su manera de ser.

He hablado de valores básicos. Y de valores a compartir. Y también de compromisos a compartir. Les transcribo una frase utilizada en Gran Bretaña en el marco de la doctrina que inspira la política de integración del Gobierno. Dice: “Si los inmigrantes aceptan los “basics”, los valores básicos, no hay motivo para protestar si comen y bailan de una manera diferente”.

¿Y qué son los “basics”? Los valores que hace falta compartir, “share values”. Hace falta definirlos.

Muchos países europeos insisten mucho en las Instituciones, la lengua y los Derechos Humanos. ¿Qué tienen que ser los “basics” en Catalunya? Es un tema a desarrollar, porque hasta ahora no lo hemos hecho lo suficiente. Atrévamonos a hacer una aproximación al tema. Debe haber por parte de todos los habitantes de Catalunya una asunción clara de derechos y deberes. De los Derechos Humanos –humanos y sociales- para empezar.

Debe haber el compromiso o voluntad de crear una sociedad que permita la promoción de las personas. A través de la formación y de una estructura social y una mentalidad que lo hagan posible. Debe haber el respeto a las Instituciones del país y a las normas básicas de conducta que el país ha dado, y que tienen que hacer efectiva una voluntad de vivir juntos.

Debe haber la aceptación que todos juntos estamos en Catalunya –y no sólo en España-, y que Catalunya tiene el derecho a asegurar su continuidad histórica. Y que a esto de una manera u otra tiene que contribuir todo el mundo.

Debe haber la aceptación que la lengua catalana es un elemento básico de Catalunya y que hace falta que sea aprendida y hablada.

Debe haber el convencimiento del papel primordial que en todo esto tiene que jugar la escuela (pero también la Administración).

Debe haber un compromiso de Catalunya hacia todos sus habitantes, y un compromiso de sus habitantes hacia Catalunya. Hace falta explicarlo también a los recién llegados.

De hecho hace falta hablar en plata a todo el mundo. Sin tapujos. Y con espíritu positivo. Porque el reto, o el problema, o el riesgo, o la oportunidad –como quieran- es muy importante.

Les he hablado mucho convivencia, de cohesión social, de capacidad de ofrecer a todos los ciudadanos una perspectiva de futuro. Y de que todo esto requiere una actitud positiva e incluyente Pero también requiere disponer de los medios necesarios para hacer que Catalunya sea una plataforma de acogimiento positiva. Y esto quiere decir desde que la gente se gane la vida hasta que todos los ciudadanos dispongan de los servicios propios de un buen Estado del Bienestar o que a través de la enseñanza y de una sociedad dinámica sea posible la promoción de todo el mundo. Todo esto requiere que la Generalitat disponga de un techo competencial y de una financiación más altos que los que tenemos. También por esto hemos reclamado durante años una interpretación del Estatuto más favorable, sin conseguirlo lo suficiente, y por esto pedimos ahora, raso y corto, un nuevo Estatuto. Y una mejor financiación.

No les hablo del nuevo Estatuto como una clase de contribución obligada al tema más del momento. Les hablo porque un nuevo Estatuto sólo será realmente mejor si aparte de reconocernos según qué competencias, o de admitir según qué simbología o posibilitar más proyección internacional no resuelve bien y definitivamente el tema de la financiación y no nos da más claramente que hasta ahora la posibilidad de defender nuestra identidad. Esto afecta la lengua, la escuela, la cultura, la Administración. Pero también todo aquello en lo referente a la inmigración. En el caso de Catalunya el tema de la inmigración no es igual que en el de Madrid o Castilla-La Mancha o Aragón. Es muy diferente y de mucha más trascendencia por su personalidad colectiva. Catalunya tiene que volver a demostrar que es de verdad un país de acogida, que tiene vocación integradora, que tiene capacidad de hacer una positiva propuesta de futuro a todos los que viven. Pero por esto necesita más dinero, más capacidad de control y más poder político y administrativo.

Si todo esto el nuevo Estatuto no lo tiene en cuenta la reforma será inútil

. -----

Tendremos las herramientas que tengamos económicas y políticas. Y un Estatuto lo suficiente bueno o no tan bueno. Y las cosas fuera de aquí

evolucionarán de una manera que también nos influirá mucho. Pero en último término los catalanes nos hemos de aferrar a lo que ha sido una manera de hacer que ha hecho posible que contra el pronóstico histórico no solamente hayamos sobrevivido, sino que en Catalunya mismo y en España y en Europa hayamos jugado un papel, hayamos construido un país y una sociedad de la suficiente calidad y fuerza para atraer tanta gente. Porque no hablaríamos de inmigración si Catalunya fuera un país decadente e incapaz de ofrecer algo de realmente atractivo. **Y esto al que nos hemos de aferrar es nuestra historia, nuestra identidad, nuestro modelo de sociedad, y también nuestra cultura de intercambio, de diálogo y sobre todo de vivir “juntos”. De vivir juntos. En un marco de mezcla, de convivencia de compartir valores. Con mentalidad, individualmente y colectivamente, de proyecto y de promoción.**

Si esto lo hacemos confío que una vez más seremos capaces de convertir el problema en reto y el reto en oportunidad. Si lo conseguimos será bueno para todo el mundo.